

4-23-8-31

7/4

LIBRARY OF THE
B. P. A. N. D. S. S.

FOR A CLIENTS OF

LIBRARY OF THE
B. P. A. N. D. S. S.

90
174(4)

26

BIBLIOT

ITAL REAL
A

(4)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13

R/21705
ESTIMULO DE LA GUERRA

A LA

JUVENTUD ESPAÑOLA.

COMPUESTO

POR D. CLEMENTE DE VELASCO.



CON LICENCIA EN MADRID.

1808.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: C

Estante: 001

Numero: 092 (4)

R/21705
ESTIMULO DE LA GUERRA

A LA

JUVENTUD ESPAÑOLA.

COMPUESTO

POR D. CLEMENTE DE VELASCO.



CON LICENCIA EN MADRID.

1808.

ESTUDIO DE LA GUERRA

A LA

JUNTA DE ESPAÑA

COMUNIDAD

DE D. FERNÁNDEZ DE CÁDIZ.

CON LICENCIA DE LA ACADEMIA DE HISTORIA

1861

ESTIMULO DE LA GUERRA.

Al arma, al arma, leones bravos, esforzados, valerosos, é intrépidos españoles; si somos descendientes de aquellos famosos héroes de distinguidos blasones de cristianos salgamos con denuedo al frente de nuestro enemigo, que con absoluto desprecio y descaro, aspira temerario, (valido de una sorpresa de nuestras armas españolas) destronar á nuestro Monarca, y abolir nuestra religion.

Este es el dia en el que debemos volver la vista aquel congregado ejército, que fue caudillo nuestro Moyses, y de tan elegido pueblo, que no temió de las bárbaras arrogancias, ni numerosos ejércitos del soberbio Faraon, porque llevaban en su compañía aquel

4
Dios de los exércitos, que da y
quita reynos é imperios (1).

No olvidemos esta vasa funda-
mental donde estriban los hechos
gloriosos, y los heroycos triunfos
de la guerra. Los Jueces y Reyes,
que dichosamente sucedieron á
Moyses, llevaban delante de su
exército el arca de la alianza, co-
mo verdadero escudo de sus vic-
torias. Las gloriosas banderas del
Tribu de Judá, llevaban señala-
das estas admirables y vencedoras
palabras: *Surge Domine &c.*; cu-
yo respetable nombre llenaba de
confianza á los hijos de Israel, y
de horrible terror, cobardía y te-
mor pánico á los infieles que los
perseguián.

Por esta razon en todos tiem-
pos hemos visto á nuestros mayo-
res héroes acudir á los templos
á invocar con fervor á Dios, y

(1) Lib. de los Números, cap. 10.

consagrar sus armas, sus banderas y sus personas. Estos sabios antiguos, guerreros y valientes soldados nos enseñaron á ser soldados del Dios de los exércitos, de nuestra patria y soberano.

Cuyo exemplo debemos imitar y conocer, que no sola una virtud debemos exercer, sino que reunamos todas aquellas que son propias de las dos milicias, divina y humana, que es el verdadero objeto para lo que nos alistamos.

Aunque mas arguya la malicia de los hombres para separar estas dos profesiones que unen un sagrado nudo, no podemos dudar que el Dios de nuestros templos es el mismo Dios de los exércitos, y este es el que reyna, preside los campos de batalla y claustros.

Este es el que anima á todos los cristianos, sosteniéndonos con invencible esperanza nuestros corazones, proponiéndonos una justa recompensa por la conservacion

de su verdadera religion y nuestra patria.

En todas las historias leemos, que por estos medios, y con las sagradas máximas, han resplandecido todas las heroycas virtudes, habiendo florecido hombres eminentes en todas clases y estados: Pontífices piadosos, Monarcas humanos, vasallos fieles, legisladores santos, y defensores generosos de la patria.

Es la que ha elevado sobre la flaqueza de la edad y del sexô á viejos, mugeres, niños, y hasta el último extremo hacerles arrosstrar los mas crueles suplicios: ¿esta religion dexaria de auyentar el temor de los honrosos peligros, y de conseguir una gloriosa muerte que se propone como ley inviolable, teniendo de costumbre despreciar rigores de poderosos enemigos?

Esta recompensa es el mismo Dios, que como absoluto dueño

de las vidas de los hombres, nos manda á los soldados que expon-
gamos la vida á los peligros, pues
el mismo Dios que ha prometido
ser nuestro apoyo, nos sostiene en
los mayores riesgos, como único
que puede sacarnos vencedores de
los combates, y quien es juez y
testigo de nuestras acciones, y
que tiene en su poderosa mano el
premio del valor y el castigo de
nuestra cobardía.

La ley de Dios nos ha puesto
como soldados cristianos para ser
valientes, debiendo subir al ver-
dadero origen y principio de esta
obligacion, para penetrar profun-
damente el conocimiento á que
estamos constituidos, y asegurar-
nos en las mas loables y heroycas
virtudes, donde fundamos unos
exáctos y sólidos movimientos que
alanzan una gloria inmortal y
divina.

Por esta razon nos conduce á que
sepamos, que todos los hombres

en quanto nacemos, contraemos una genérica y mútua obligacion de amor á la patria; pues alimentándonos en su mismo seno, ratifica y confirma el empeño que debemos sostenerla; unos con las armas al respeto, otros con las leyes á la tranquilidad, otros levantando el corazon á Dios, y pidiendo por nuestra prosperidad, ó llorando sobre nuestros pecados, y otros velando sobre el depósito de las leyes, de los derechos de la equidad y de la justicia.

Y si la adversidad oprimiese á los cristianos un enemigo cruel, impío, inhumano, tirano, y sin conocida religion como Napoleon, que intenta violentar nuestra religion, profanar nuestros templos, destruir nuestros altares é imágenes, pisar nuestras santas formas, hacer quadras los templos, demoler los edificios, abolir nuestras sabias leyes, asesinar los conciudadanos, violar las doncellas, de-

gollar los inocentes, y de quantas iniquidades, perfidias y maldades pueden imaginar la malvada canalla de sus infernales exércitos, y....

Esta es la época, valerosos y cristianos españoles, que nos dice Dios como á otro Josef Gedeon, y como á todos los gefes de su pueblo: ved aquí mis preceptos, sed valientes. *Ecce præcipio tibi confortare et esto robustus*. No temais: *Noli metuere et noli timere* (1). Yo mismo estoy con vosotros, yo os miro, yo acudiré á socorreros, y seré juez de vuestro esfuerzo. *Ita ero tecum* (2). Ved aquí el precepto de Dios, el fundamento de las obligaciones de los soldados cristianos, el verdadero motivo, y el mas seguro apoyo, y heroyco hecho del ánimo y valor vencedor.

A la sublime y profunda voz de

(1) Josué, cap. 1. v. 9. (2) D. v. 5.

la patria, que publica *al arma*, aun los mas remotos patrióticos debemos suspender las tareas: unos de sus tribunales, otros de los claustros, los cenobitas y anacoretas de sus desiertos, el labrador del arado, el pastor de su ganado, el fabricante de sus manufacturas, el artista de sus laboriosas labores, el científico de sus estudios, el comerciante de sus contratos. Y todos los jóvenes ociosos, aplicados á las armas; pues sin excepcion de personas con voz sonora y halagüeña nos dice: hijos de la patria, *dexad, dexad* por ahora vuestras laboriosas tareas, y acudid *luego, luego, luego*, á defenderme.

Si todos los hombres nacimos soldados de Jesucristo y de la patria, y no todos usamos armas en el instante que esta necesita de nuestros brazos, nos llama en su ayuda, y acepta gustosa los servicios de los que se ofrecen vo-

luntarios. Este pues es aquel dia grande en el que nuestro augusto Monarca Fernando VII recibe del altar la espada para defendernos, y el cetro para mandarnos, como lo hace, aunque cautivo y preso, por medio de aquellos fidelísimos, nunca bien loados Generales: Palafox siendo un Bernardo del Carpio en Zaragoza: en las Andalucías un Castaños, qual Rey Fernando: en Valencia por Cid un Cervellon, y un Fernan Gonzalez en las Castillas Cuesta.

Y este es aquel momento feliz en que nuestra jóven nobleza, á imitacion de estos fieles héroes, y con pasos agigantados, siguiendo aquellos grandes predecesores que descendieron con honor de la nacion, adquiriremos á poco trabajo ni fatiga nuevos laureles, blasones y glorias que publiquen famosos hechos la posteridad de los siglos; y asombrados nuestros sucesores con justa razon, dudarán

que en el corto tiempo que ha mediado, se cuenten tantos triunfos tan admirables, como conquista de Reynos los mas poderosos de la Europa.

Esta es la época gloriosa que la providencia ha señalado á todos los hijos del estado, para que pasen á la clase honorífica de sus defensores: entónces á presencia del Dios de los exércitos, que hace la revista de sus nuevos soldados, ciñéndonos las armas cada uno, recibiremos como depósito la seguridad, el respeto de nuestros pueblos, la vida y libertad de nuestros padres y hermanos; pues con nuestras afiladas espadas y escudos, á todos aquellos débiles brazos que no son capaces de resistir nuestros distinguidos golpes, quedarán rendidos y destrozados.

Desde este instante feliz todo muda de semblante á los ojos del cristiano: aquel depósito que todo

era respetable, pasa á ser sagrado: aquella profusion que era noble, se hace igualmente santa: los estandartes contraen en manos de los sacerdotes una virtud divina, como los ornamentos destinados al culto de Dios; y unos soldados profanos, se convierten en varones religiosos. Para estos el abandono del depósito que se les confió, será un sacrilegio. El temor del enemigo era una renuncia de su fe: la fuga apostasia que debemos temer mas que los peligros mas expuestos, y que las mayores crueldades de muertes que pueden acontecernos á los soldados cristianos.

Mucho podemos esperar de los honores, pues no debemos ignorar los grandes sacrificios que estos regularmente nos hace, pues el blanco que nos propone una sabia disciplina, y los prodigios que obra, que por sus útiles efectos es parecida á la virtud, y seria

esta misma si otros mas exâctos motivos no nos animase á exercer un arte tan sublime, que dando reglas al valor, nos dirige, y nos afirma á que ocupemos un ventajoso lugar.

Mas como fenecen las sabias instrucciones de los soldados, participamos siempre de la debilidad y flaqueza de los mismos autores, porque rara vez producirán los efectos que deseamos, quando nos acobardamos, ó no peleamos, ó hallamos el medio de escaparnos de la batalla, burlándonos de los ojos de nuestros gefes que observan. Y por mas estrépito que muevan las voces del honor, solo oimos las amenazas de los enemigos, los tristes lamentos de los moribundos, y solo vemos el profano camino de la precipitada fuga.

No debemos ser así los cristianos soldados valerosos, porque colocados por nuestros gefes ó ge-

nerales, como por la mano de Dios, á Dios mismo defendemos en estos colocados puestos que nos confían; y al mismo Dios hacemos traicion, si lo rehusamos y abandonamos con tibieza y cobardía el encuentro de nuestros enemigos.

Imprimamos en nuestros corazones cristianos esta verdad, y conservemos en nuestra memoria esta señal de conservar los puestos, y tengamos abiertos los oídos á la voz de Dios, que se hace oír de los Cielos, *et in tonuit de Cælo Dominus* (1). No miremos ya si estamos solos, ó si nos hallamos acompañados, ó si es posible defendernos del número que está á nuestro cargo, ni si estamos libres del ataque del enemigo.

El excesivo número de nuestros enemigos, ni el estruendo de sus

(1) Eccles. c. 46. v. 20.

armas, ni las soberbias amenazas de un monstruo horrible, que aparenta con artificio destruir, aniquilar y deshacer en vivas pavesas todo el universo: ningun cristiano soldado debe acobardar ni temer, porque Dios nos mira, y nos sostiene nuestro valor: *Si consistant adversus, me castra non timebit cor meum* (1).

Ni debemos huir aun quando todo un congregado ejército enemigo haga frente á un solo soldado cristiano. Intrépido y detenido en lo mas fuerte de la refriega, no debemos escuchar mas de la voz de nuestros gefes, ni adelantarnos del puesto que nos hayan colocado, ó si dispensados de las comunes reglas de nuestras obligaciones nos dexamos llevar del noble entusiasmo que nos anima, daremos exemplo de un útil sacri-

(1) Psalm. 26. v. 3.

ficio, y por una feliz temeridad desconcertaremos tal vez al enemigo, ya casi victorioso, y animando á nuestros soldados, y consiguiésemos la victoria ó una feliz retirada.

Y Movido repentinamente de Dios el espíritu de Sanson, hizo temblar y derribar las columnas de su templo, vengando con su muerte la opresion que tenian los filisteos á su patria (1). El hijo de Saul, confiado en su valor, embistió y puso en huida todo un ejército (2). El esforzado Eleazar abrió camino entre un poderoso ejército, entrando hasta el mas enorme elefante del Rey de Siria, le hirió con su lanza, y dexándole fuera del combate, dió tiempo al ejército de Israel para mirar por su seguridad por medio de una sabia retirada (3).

(1) Judith. c. 16, v. 29 y 30.

(2) 1. Reg. c. 14, v. 1.

(3) Machab. c. 6, v. 43.

Colocados los cristianos soldados en qualquiera peligro, siempre debemos entrar iguales en el sosiego, en la obediencia y en la firmeza, como que la voz de Dios nos llama con orden determinada, asegurándonos su socorro, y con su palabra, fortifica; su presencia nos anima, y nos inflama con tan heroyco ardor, que debemos tener los ojos de nuestro supremo Juez en todas nuestras acciones, y movimientos toda nuestra vida, y que la castigará severamente si nos preciamos de cobardes en defensa de nuestra religion.

Por Ezequiel se nos previene, que los centinelas que vieren abanzar al enemigo contra nuestro campo, y que no grite al arma; seremos responsables de toda la sangre que se derramase (1). Y si estos centinelas por falta de aten-

(1) Ezechiel. c. 13. v. 5. M (2)

clon ó por propia confianza, estuviesen culpables, deben ser castigados con severidad.

Y ¿cómo podrán disculparse del suplicio aquellos soldados cristianos, que advertidos por los trompetas que se acerca el enemigo, y no se ponen en defensa, antes huyen, abandonan al filo de la espada la vida de sus padres, y hermanos por habérseles confiado estas guardias?

Sin remedio seremos responsables de toda esta sangre que se derrame: seremos cómplices de todos los estragos, de todos los bárbaros é infames excesos que ejecuten los enemigos. ¡O, quanto mejor fuera no haber nacido los cobardes! Que haber sido cómplices en tantas maldades que la crueldad y la perfidia maquina contra los cristianos.

Pero preguntamos á los sabios: ¿Donde hallarán abrigo los pérfidos é infames traidores, que ven-

den á su misma patria? ¿Donde les parece su ceguera que pueden ocultar sus diabólicas intrigas que no sean descubiertas palpablemente por el Dios de los exércitos? Y que corazones tan viles como soeces hay en algunos hombres, que teniéndose por cristianos venden su ley, su patria y su Rey?

No podemos persuadirnos, Señor, á que estos traidores hayan creído jamas en vuestra santa religion. Mas si es por estravío de la fe, todos los soldados cristianos os imploramos les concedais un rayo de vuestra divina luz para que sigan su arrepentimiento, hasta conseguir su salvacion.

Sí, españoles cristianos, si es infalible que hay infinitos soldados católicos, los que somos para defender nuestra religion, tambien hay infinidad de Napoleones, que siguiendo sus diabólicas ideas, aspiran con ardor á destruir y

arruinar nuestro sumo Pontífice, oponiéndose temerarios contra el mismo Rey de los Reyes, señor de los señores, causa de las causas, y ser de los seres, y de quien proceden todas las fuerzas humanas.

Tales son los monstruos infernales quando quieren poder mas que su mismo criador. ¡O, fragilidad humana! ¡O, mordaz ambicion de los hombres! ¿Quando saciará su avaro apetito? No hallo en las historias exemplo mas análogo que comparar al gran Napoleon con el soberbio Luzbel que fué quien tuvo la guerra con el Dios de los exércitos.

Solo nos resta saber: ¿que imperio haya merecido mas que el de los abismos? Mas segun varios autores del dia, este Napoleon el grande fué abortado del infierno donde se autoriza tiene su luciferina genealogía. Sí, valerosos españoles, solos nosotros tendre-

mos la gloria de arrojar vergonzosamente un monstruo, que orgulloso y temerario queria tratarlos como á sus semejantes. A esta conquista luciferina todas las naciones del mundo se interesan: al arma soldados católicos, que á nosotros nos corresponde esta conquista, y próxima se halla nuestra victoria.

Si, valientes campeones, no debemos temer los castigos que hacian los griegos y los egipcios, condenándolos á un eterno oprobio, creyendo que era bastante dexándoles las vidas y vituperando con la infamia el resto de sus vidas. Ni menos debemos temer lo que executaban los romanos dándoles la muerte. No bastan, no pueden restaurar estos castigos para con los soldados cristianos, que son cobardes si se trata de defender nuestra religion, patria y soberano.

El partido mas glorioso que

debemos tomar los defensores de nuestra religion, puestos al frente de los enemigos, y un Dios justiciero, es el de la resignacion del valor, no temiendo ni huyendo, guardando con las armas sus puestos, esperando con denuedo y valentia á los enemigos. Si católicos cristianos de la milicia de Dios, esto debe sostenerse acosta de la vida, quando se pelea con enemigos que no pueden perder sus cuerpos, sin que dexen de perder sus almas. Qual es la guerra que hacemos con aquellos, que baxo de los sagrados vinculos de aliados y amigos, quieren temerarios abolir nuestra religion.

¡O Dios! vos solo podeis calmar nuestros temores, vos habeis abierto el abismo debaxo de los pies de los pecadores: cerradles, pues, á la vista de los pensamientos á estos penitentes, diciéndonos que de todos nuestros deli-

tos el mayor, el mas enorme é irremisible seria la fuga y la desesperacion. Que el huir no seria medio para mitigar, y sí un nuevo agravio, capaz de irritar la suprema justicia.

Que Dios prefiere la obediencia al sacrificio, y que salir al encuentro de la muerte por complacernos es la señal menos equívoca de unos corazones contritos y la ofrenda con que mejor podemos aplacar el corazon de Dios irritado.

Y podremos decir ¿sabemos muy bien que por medio de nuestra vergonzosa fuga, y de nuestra deshonra quizas podremos escaparnos de los peligros que nos cercan? Pero seriamos de los que aun quando pudiéramos caer de nuevo en vuestras manos, no querriamos libertarnos. Nosotros heridos, manchados con nuestra sangre propia derramada por nuestra patria y por nuestros herma-

nos. ¿Nos atreveríamos á poner-
nos delante de vos?

Sí, sí católicos soldados podemos presentarnos con toda confianza, que la palabra de Dios (1) nos es garante de que su esperanza no saldrá vana, y que nos será propicia la gran misericordia del Señor. Pues como hay bautismo de sangre, en el qual, en defecto de las saludables aguas de la regeneracion, el hijo de Adan quedó limpio de la mancha del primer padre, y de la suya propia, y de hijo de la ira que antes era, queda hecho hijo de Dios adoptivo, objeto de sus complacencias y heredero de su reyno.

Pues no debemos de dudar que hay penitencia de sangre que en efecto de las aguas amargas de la reconciliacion, borra en un instante las manchas, satisface las

(1) Machab. c. 6. v. 26.

penas de los pecados, y restituye á los pecadores, lavados ya y regenerados en nuestra misma sangre de la primera inocencia que recibimos en el bautismo.

Este es el inestimable premio que la religion ofrece á los buenos cristianos: de manera que esta gracia, que costaria innumerables lágrimas á otros austéros penitentes, y anacoretas, podemos los soldados cristianos en esta ocasion, arrebatarse en un instante por un esfuerzo de valor con fruto de nuestra sangre, y de nuestras victorias, ganar el Reyno de Dios (1).

¿Con qué podremos explicar, valerosos y aguerridos españoles, al ver conseguida la gloria de nuestros compañeros, de cuya prosperidad ó adversa fortuna no podremos participar por ver abier-

(1) Matth. c. ii, v. 12,

tas las puertas de la eternidad que sale á recibirnos con *palmas inmortales* para coronarnos en el mismo campo de batalla, y darnos el premio de nuestros trabajos, colmándonos completamente?

Con esta distincion seremos premiados sobre todos los aguerridos soldados de nuestras campañas, siempre que peleemos prontos y con determinacion, tomando por motivo, y como de presente la defensa de la ley de Dios. Nosotros nos hallamos en medio de los mayores peligros, en los mas crueles ataques.

No demos lugar á que haya otros soldados cristianos que nos lleven ventaja en obedecer mas prontos, y que menos repugnen quando mandan nuestros superiores. Pues acreditados hechos tenemos á la vista que no hay otros que mas suframos los trabajos de la guerra, que con mayor constancia y denuedo marchen con-

tra el enemigo, ni que con mas intrepidez y firmeza sostengan los choques, ni quien con mas resignacion reciban el último golpe del vital aliento de sus vidas por su religion, su patria y su Rey.

Si el Salvador del mundo nos dice (1) que los que queramos salvarnos, que quiere decir que los que prefieramos una vida caduca y percedera á su deber padecerán una muerte eterna. Y quan al contrario nos ofrece á los que dando un auténtico testimonio de nuestra fe, ó por cumplir con lo que previene una ardiente caridad, perdiésemos nuestras vidas, la recobraremos seguramente por una eternidad (2) por glorificar al Dios de los exércitos, porque nos manda pelear por la obediencia y la religion.

Los santos Padres nos previe-

(1) Malh. c. 16. v. 25.

(2) Malh. c. 8.

nen que solo tres cosas se reunen para que seamos colocados en el número de los mártires. *La causa, la voluntad y la pena*, que unidas las tres comprehende ciertamente el sacrificio que de nuestras vidas debemos hacer los valerosos soldados cristianos.

La causa muriendo por nuestra religion ó patria, porque muriendo por nuestros hermanos como que no hay caridad mas sólida y ardiente que dar nuestras vidas por los próximos (1).

La voluntad teniendo á Dios solo por objeto de complacerle. La pena quando quantos mártires no han padecido tanto como aquellos soldados que heridos y despedazados esperamos sobre el campo de batalla despues de haber padecido nuevos dolores, que nos ocasionen tal vez aquella mis-

(3) Joan. c. 15, v. 23.

ma mano que procuró curarnos, ó vuelve hacia nosotros arrastrando las reliquias de un cuerpo que escapó de los combates, y nos hallamos cubiertos de terribles heridas.

Sí, nosotros somos soldados cristianos y mártires de la caridad nacional, los dignos competidores de los verdaderos mártires de la fe. Podremos dirigirnos en lo mas vivo del combate las palabras que San Cipriano dirigió á los defensores de la fe.

En medio de nuestros tormentos este es un grande y glorioso combate en que los premios de los vencedores no es menos que una gloria inmortal. Y que Dios nos mira generosos combatientes: sus ángeles nos contemplan y Jesucristo nos observa.

¡Que gloria! ¡que felicidad! Un Dios por testigo del combate! Jesucristo por Juez de las victorias, esperando á los verdaderos ven-

cedores al fin de la carrera para coronarnos. (1) ¿Que sueldos? ¿que honores? ¿que sentimientos plausibles? ¿que elogios? ¿que magníficos sepulcros en la muerte? ¿que recompensas vanas, tardias, frágiles é inciertas que el tiempo consume y queda en eterno olvido?

¿Podrá compararse con una inmortal y feliz corona? ¡O, si en recompensa de los prolongados trabajos, de los sudores y sangre derramada por la patria, Dios quisiera llamarnos para sí en el acto mismo de la batalla, nos concediera una pronta y gloriosa muerte! O como los mas valientes Macabeos vernos al tiempo en que caían muertos las precipitadas fugas de sus enemigos, para dexar señaladas hasta la posteridad, tan memorables como ilus-

(1) S. Cyp. epist. 56.

tres y heroycos hechos y exemplos , dirigiendo nuestros últimos alientos á los deseos de los prósperos sucesos de nuestra religion, nuestra patria y nuestro Rey.

